



Una celebración que nos da identidad

Si hacemos memoria, seguramente recordamos que, en nuestra infancia, había dos palabras que abrían el mundo de la imaginación, del aprendizaje, de la emoción... Cada vez que se nos decía “*Había una vez...*”, la mirada nos brillaba, el corazón se encendía, y el cuerpo entero se abría a unos personajes que pasaban a habitarnos y ser para siempre, nuestros compañeros de viaje. Y la gran maravilla consistía en que éramos parte de la historia que se narraba, estábamos allí, no éramos espectadores porque eso sucedía en nosotros.

Hoy, ya adultos, leyendo en la página del año 1610 del libro de nuestra historia común, podríamos escuchar también “*Había una vez...*”, abriendo a la vez nuestro ser a una narración que nos hace partícipes, acompaña nuestro presente, y nos trasciende más allá de nuestro hoy.

En octubre de 1610, Juana de Lestonnac y las primeras compañeras, habían terminado los dos años de noviciado. Pensó en que, como grupo, podían hacer la profesión solemne el 21 de noviembre, día de la Presentación de la Virgen Niña, fecha muy significativa para todas porque se ofrecerían al Señor Jesús, como una vez lo había hecho María en el Templo. Presentaron su petición al Cardenal de Sourdis, quien se opuso a este deseo porque tenía otros planes para ellas: unir las a las Ursulinas.¹ Nuevamente un gran obstáculo se presentaba en el camino de Juana, nuevamente debe insistir, nuevamente tiene que resistir, ponderar, discernir, y presentar sus razones, nuevamente deben orar intensamente al Espíritu y a la Virgen, pidiendo que transformen el corazón del Cardenal.

Mientras esperan, no lo hacen pasivamente, “*la M. Lestonnac tomó una decisión tan audaz como acertada: las novicias cederían a las alumnas la fiesta que habían elegido para ellas, celebrándose en ese día, 21 de noviembre de 1610, por vez primera en la Iglesia, la tan popular fiesta de la ‘Niña María’ en las que las alumnas se consagrarían a Nuestra Señora en el misterio de su presentación en el templo. Fue un gesto audaz realizar una procesión llevando en andas, por el mismo centro de la ciudad, la imagen de la Virgen Niña*”²

Podemos decir que la celebración fue el fruto de la fidelidad de Juana a su voz interior, de su firmeza en la respuesta al llamado recibido, de su perseverancia en las decisiones tomadas, de su saber esperar más allá de la presión de la urgencia, de su confianza plena en el Dios que la conducía, de su creatividad para buscar una solución a lo que se interpone, de su capacidad de renuncia a un plan propio en aras de uno mejor, de su claridad en llevar adelante una propuesta nueva que siente que viene de lo Alto, de su escucha a una necesidad educativa, de su mirada compasiva a la situación de la mujer, de su afecto a María a quien confiaba el caminar... La celebración también fue, para Juana y para el Cardenal, una clara demostración de la aceptación por parte del pueblo de Burdeos, de esa escuela, que ya vivenciaban como espacio transformador para la mujer y la sociedad.

La Fiesta de la Niña María, en 1610, encerraba estos hondos sentidos en la flor y la vela que las alumnas, con alegría y afecto, ofrecían.

“*Había una vez...*”

Hoy, al volver a hacer presente esta tradición en Chile, celebramos en el Colegio de Seminario, 151 años de tradición de esta Fiesta de la Virgen Niña, en Colegio de Viña del Mar, 97 años ofreciendo los frutos educativos;

¹ Historia de la Orden (1994). Texto original publicado en Poitiers en 1697. Libro Quinto, págs. 170

² Isabel de Azcárate Rístori (2009) *Santa Juana de Lestonnac 1556-1640*. ODN Nro 16, pág 87

en el Colegio de Puente Alto, acogiendo la vida educativa de 67 años de presencia entregada en esta fiesta. El Colegio de Apoquindo, proyecto fundado desde el compartir con Seminario, celebramos 64 años de las generaciones que se consagran al valor de identidad de Nuestra Señora.

En Mendoza atesoramos para este año celebrando 240 años de la fundación de la Primera Escuela Femenina en el Virreinato del Río de la Plata, la Compañía de María o de la Buena Enseñanza, recogemos similares actitudes en quienes llevaron adelante el proceso fundacional: reconocimiento de la necesidad educativa en la mujer, sueños depositados en lo casi imposible, claridad y firmeza en los objetivos a lograr, fidelidad a las primeras intuiciones, ilusión y certeza en ser parte de un proyecto mayor, perseverancia en el tiempo, creatividad en los sucesivos pasos a dar, confianza en las personas que los realizaban, ruegos a María y a Dios que los acompañaban, esperanza en un horizonte que se hacía cada vez más cercano, apertura y disponibilidad más allá de lo propio, pasión sostenida y compartida.

En la celebración de la Virgen Niña de 1780, las alumnas expresaban también hondos agradecimientos por lo nuevo y transformador que recién comenzaba, mientras llevaban en procesión, la flor y la vela que dejaban en el altar.

“Había una vez...”

En nuestra celebración de la Virgen Niña de 2020, recordamos y agradecemos lo que estas fiestas nos expresan, sintiéndonos parte de esta narración tan histórica como familiar, tan sencilla como solemne, tan antigua y tan vigente, tan nuestra y tan universal, tan nueva cada vez y tan llena de recuerdos... una celebración que nos enciende el corazón e ilumina el camino, que nos invita a recrear aquellas actitudes vividas en momentos fundantes, en nuestra vida cotidiana de hoy.

Uniéndonos a la gran procesión de todos los que en tantos años han llegado hasta la Virgen Niña, haciendo memoria de lo que en este tiempo ha llegado hasta nosotros transformándonos, llevando una vela y una flor para ofrecerle a María, repetimos sentidamente las palabras de Juana de Lestonnac:

*“De tus manos, Señor, he recibido este don.
A ti te lo presento, es propiedad tuya,
te ofrezco mis primicias...”³*

Nelda Venturín, odn



³ F. Soury Lavergne (1975) *“Juana es su nombre”*. San Sebastián. Pág. 48